

PREMIO
DE NOVELA
HISTÓRICA
ALFONSO X
EL SABIO

Premio
2013

A man in a dark tuxedo with a white shirt and bow tie is shown in profile, holding a woman's face. The woman is seen from the back, wearing a dark, possibly sequined, dress. The background is a warm, golden-brown color, suggesting an indoor setting with soft lighting. The overall mood is romantic and elegant.

TU ROSTRO
CON LA MAREA
FERNANDO
GARCÍA DE CORTÁZAR

m̄r

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR

TU ROSTRO CON LA MAREA

mr ediciones martínez roca

PRIMERA PARTE

ABRID MI TUMBA,
AL FONDO SE VE EL MAR

—**A**sí son las cosas en este país. Así las hemos forjado, querida... Ahora nos toca pagar la cuenta. Y más vale que aprendamos a aceptar la realidad tal como es —dijo Gabriel Ocampo, marqués de Briñas, a su esposa, y se quedó clavado en el suelo, ante la ventana que daba al jardín, hundido en secretas reflexiones.

El marqués era nuestro amigo y nuestro anfitrión. Agustín y yo observábamos su repentino ensimismamiento con afecto, mientras la noche caía de golpe, como si el ramaje de los árboles la hubiera estado conteniendo en su caída. Alto, de bigote blanco y pelo blanco, los años habían trabajado su rostro como artesanos refinados, despojándolo de cuanto no fuera imprescindible para mantener la piel sobre la fina arquitectura de los huesos.

—¡Gabriel! —exclamó Hortensia—. ¿Hablas en serio?

—Y tan en serio —contestó el marqués.

—¡Pero, querido, eso es terrible! Te has vuelto espantosamente pesimista —replicó Hortensia, y nos miró melancólicamente, como esperando que Agustín y yo arropáramos su protesta.

La marquesa se había quitado las lentes de plata, y su rostro, como de retrato antiguo, volvió a parecerme hermoso.

—No se puede matar a un hombre como a un perro —dijo—. No se puede.

Pensaba, sin duda, en Javier Ybarra, a quien un comando de ETA había asesinado vilmente unos días atrás, abandonando su cadáver en los bosques del alto de Barázar, bajo un montón de ramas de pino.

—No hablo del terrorismo —dijo el marqués con una sonrisa—. Me refiero a las ideas.

—¿La idea del pillaje, del asesinato, del comunismo? —replicó Hortensia despectiva.

Una pausa se abatió sobre todos, un pozo oscuro y silencioso del cual solo salimos cuando Hortensia recuperó la frialdad patricia de su mirada.

—Solo espero una cosa..., que mueran a plomo —dijo súbitamente—. Espero que los generales salgan de los cuarteles. Y aquí paz y después gloria.

—¿Los generales? —suspiró el marqués amargamente—. Los generales no pueden hacer absolutamente nada, querida. Nada que sirva para algo. Cuanto más hagan, peor.

—Bueno, dime entonces qué se puede hacer —preguntó Hortensia. Sus ojos eran dos brasas ardiendo—. ¿Quedarnos sentados ahí? ¿Y dejar que esa gentuza nos pisotee como a un trapo sucio? ¿Es eso? ¿Eso es lo que te propones?

—Esperar, querida —respondió el marqués—. Es lo único que se puede hacer. Es lo único que podemos hacer: quedarnos sentados y ver por dónde sale el sol.

Hortensia callaba. Estaba pálida, furiosa, y miraba con desconfianza a su marido, que continuó hablando con una voz sentenciosa, escogiendo muy bien las palabras:

—Las cosas nunca serán como antes. Jamás se repetirán por mucho que nos empeñemos. Los tiempos pasados no son viejos, Hortensia, están muertos. Tan muertos como un disco roto.

Recuerda lo que dijiste la noche del incendio del Marítimo. Es el fin, querida. Supongo que el único fin que nos merecemos —añadió, bajando la voz.

Se hizo el silencio de nuevo, únicamente interrumpido por el viento, que gemía entre los árboles del jardín.

—Tiene gracia. Parecemos los personajes de aquella novelita de Ángel Bigas —comentó Agustín de pronto. Y añadió—: *El sitio*.

Aquel comentario no me sorprendió en absoluto. Era muy propio de Agustín. Era su procedimiento de siempre, que consistía en lanzar una pompa de misterio, la cual reventaba después sin ruido y dejaba escapar formas deslumbrantes.

—¿Qué sitio? —dijo Hortensia—. ¿Qué novela? Por Dios, Agustín, déjate de literatura.

Agustín dibujó una sonrisa.

—¿No conocéis la novela? —preguntó.

Agustín se quedó esperando y, como nadie dijo nada, recordó una vez más esa historia que él, según contó, había leído en su infancia. La historia de los descendientes de un coronel de las guerras carlistas enriquecido con la trata de esclavos. La historia de una familia que, arruinada a finales del siglo XIX, vivía en una melancolía amarga, en la memoria del viejo espadón, en los recuerdos del esplendor perdido, en el culto a los murmullos y las voces del pasado. La historia de unos seres asediados por el paso del tiempo, ese ácido implacable que disuelve glorias militares, pudre cancelas de hierro forjado, retuerce persianas, agrieta muros, arranca ventanas, revienta tuberías, despelleja ladrillos y maderas, profana salones, devora retratos.

—Vivimos en ese aleteo fantasmagórico —concluyó entre elegíaco y burlón.

—¡Qué perspectiva! —exclamó Hortensia bruscamente.

—Me acuerdo de Ángel Bigas —dijo el marqués algo sorprendido por el tono de su mujer.

Y añadió:

—Un iluso, un loco. Acabó como sus personajes.

Hubo un silencio. El marqués volvió la cabeza hacia la ventana y hundió sus ojos nuevamente en la noche. Pasados unos minutos oímos su risa.

—¿Te ríes de algo? —preguntó Hortensia fríamente.

—¿Cómo? —preguntó el marqués, a su vez, sin volver la cabeza.

—Preguntaba si te reías de algo.

—Sí —respondió el marqués y volvió a reírse—. Estaba pensando en Carmen Bigas, la hermana. Recuerdo que, después de la guerra, tenía la costumbre de sentarse horas y horas en la ventana de su alcoba con unos gemelos de teatro.

—¿De veras?

—Sí. Desde aquí se veía la casa si aún estuviera en pie, sobre los acantilados del Abra. Allí... Era un palacete inspirado en los chalés de las playas de Ostende, proyectado por un arquitecto belga, un edificio de tres plantas, con muchas ventanas pintadas de azul y un gran balcón de mármol rosado. Recuerdo que algunas noches uno podía ver su sombra en la ventana.

—Siempre me pareció una chiflada —zanjó Hortensia rápidamente, imponiendo a su alrededor un infranqueable círculo de orgulloso desamparo.

Al rato se disculpó. Le dolía la cabeza. Se puso en pie con una serie de garbosos movimientos y abandonó el salón. Pocos minutos después, Agustín y yo nos despedíamos también. El marqués nos acompañó hasta la puerta, y permaneció allí un rato, con las manos en los bolsillos, dentro de un agradable cuadro de luz. El viento se había calmado, dejando una noche brillante y silenciosa, con alas que golpeaban entre los árboles. Y yo, que había sentido el cosquilleo de una curiosidad absoluta, desde un principio insaciable, me preguntaba quién era Ángel Bigas y qué trágico espe-

jismo había dominado su vida, y pensaba en su hermana, sentada en una de las ventanas de aquella casa arrasada por las piquetas y las excavadoras, contemplando con sus gemelos de teatro no sabía qué ni por qué.

¿Hay una historia? Si hay una historia, no me pertenece. Si hay una historia, su dueño es Agustín Rotaèche. A él le correspondió interpretar el papel de Sherezade. Sin Agustín, yo no estaría escribiendo sobre un tiempo que las palabras no recuperarán jamás; sin él nunca habría leído *El sitio* ni habría sucumbido al hechizo de Ángel Bigas, cuya borrosa existencia fue como un veneno, como una civilización antigua que permite olvidar la realidad y encontrar el espíritu de las leyendas, como una música nocturna perdida en la distancia.

Todos los socios de la Bilbaína conocían a Agustín Rotaèche, a quien los más cínicos del club habían dado el mote de «el Lord». Agustín procedía de una vieja y acaudalada familia que había ganado una gran fortuna en Cuba y había vuelto a España tras la pérdida de las últimas colonias. Era un hombre elegante, de cultura enciclopédica y gustos refinados. Tenía unas entradas muy amplias y un bigote a lo Clark Gable, como su mirada. Una mirada de galán antiguo.

De Agustín se contaban historias extrañas. Algunos creían que había combatido en Rusia con la División Azul y que después había llevado una existencia mundana en casi todas las capitales de Europa. Otros aseguraban que había malgastado su fortuna persiguiendo ciudades bíblicas en el desierto del Yemen. También se decía que era un espía inglés, que había vivido un drama sentimental tan despiadado como bizantino con una dama americana afincada en Venecia y escrito una novela autobiográfica que escan-

dalizaría al mismísimo Don Juan de Tirso de Molina. Sin duda, el misterio, en que siempre le gustó involucrase, daba pábulo a estos y otros rumores que ya no recuerdo.

—¿Sabes qué pienso? —me dijo en una ocasión Juan Pablo Fusi—. Que se puso al servicio de los alemanes para espiarlos. El aventurero que llevaba en la sangre le conducía a esas cosas. Estaba hecho para ser un espía.

Cuando le conocí —en el verano de 1970—, Agustín vivía solo en un palacete del Campo Volantín, en la orilla derecha de la ría del Nervión, una antigua casona que su padre había levantado a principios del siglo pasado a imitación de los palacios de Normandía. Por entonces apenas viajaba, y sus únicas correrías eran las que efectuaba por las librerías de viejo de Madrid y Barcelona.

—Envejecer es eso —me dijo en una ocasión—. Pasear la sombra de un cuerpo que fue, de un rostro que es otro.

Una rutina, concertada como un reloj, era su manera de soportar la vejez. Todas las mañanas caminaba pesadamente hasta el café Toledo, en plena Gran Vía. Allí desayunaba, leía y observaba a la gente. Más tarde, en la Bilbaína, asistía a una tertulia de viejos amigos en la que se empezaba discutiendo sobre si Casanova era un fanfarrón o apenas había contado una parte de sus aventuras amorosas, y casi siempre se terminaba especulando sobre el destino de las grandes dinastías de Occidente, marcado a menudo por esas bodas fatales hechas con evidentes fines políticos y que cambiaban luego toda la historia durante siglos. Almorzaba tarde, siempre fuera de casa, y después se dejaba caer por el café Oliver, donde solía cenar.

Hay días en que vuelvo a verlo en el Oliver, sentado en una de sus mesas. Siempre coincidíamos allí. Siempre me saludaba de la misma manera. Tan pronto como me veía entrar, esbozaba una sonrisa, me invitaba a su mesa y decía:

—¿Cómo está hoy la joven promesa de nuestra historiografía?

Después me contaba innumerables anécdotas, que casi siempre le llevaban a la misma conclusión. Todo era vulgaridad. Desde que los fascistas y los comunistas trajeran la plaga del tuteo, ya no existían las buenas maneras, no ya en el ámbito familiar y social, sino en el de las relaciones internacionales y su principal instrumento, la diplomacia.

—En modo alguno bromeo, mi joven amigo —subrayaba con afectada ironía—. Se lo digo con toda seriedad. La cortesía, algo tan olvidado y desdeñado, es, sin duda alguna, el antídoto más eficaz y antiguo que ha inventado el hombre para mantener a raya su instinto de primate sanguinario. Por desgracia —se lamentaba— nos ha tocado vivir la peor y más estúpida de las épocas. Este es el siglo de la grosería. Y las cosas van a peor. Recuerde a Jruschov golpeando su pupitre con el zapato para pedir la palabra en las Naciones Unidas.

Para mí, conversar con Agustín Rotaeche significaba entrar en contacto con la Europa aniquilada por las dos guerras mundiales. Hasta el modo en que se dirigía a los camareros del Oliver o el estilo insólito con que encendía y fumaba sus cigarrillos parecía cosa de lejanos tiempos. A mis ojos era una figura antigua, enigmática, una especie de animal prehistórico.

—Antes —recuerdo que me comentó en una ocasión, insistiendo en la vulgar estupidez de nuestro tiempo—, en las antiguas biografías, se procuraba enlazar con los semidioses y aún con los dioses. Esta mañana he leído la biografía de un importante político norteamericano. Allí se alaba la humildad de su origen, se glorifica la oscuridad de su familia, se exaltan sus apuros económicos. ¡Qué hubiera pensado Plutarco!

Lo que más admiraba de Agustín era su facilidad para contar historias y crear una suerte de encantamiento que disolvía la coti-

diana rutina de sus interlocutores. Podía pasarse horas enteras hablando con ingenio de cualquier tema: de la caza de leones en África, de la muerte del jovencito Luis Napoleón en tierras zulúes, de las obras perdidas de Petronio, del viaje de Gabriele D'Annunzio y Eleonora Duse a Venecia, del enigma del ejército persa de Cambises, sepultado en el desierto por una gran tempestad de arena, de una señora que una vez se sentó a su lado en una cena en el Ritz de Madrid y presumía de su árbol «necrológico».

A pesar de la diferencia de edad —en 1970 tenía sesenta años, treinta y dos más que yo—, fuimos buenos amigos. En su carácter, como en el mío, había elementos de inmadurez, lo que nivelaba el terreno y allanaba obstáculos. Yo le trataba de usted y él, esquivando el untuoso trato con que habitualmente se ha obsequiado a los jesuitas en Bilbao, solía llamarme «mi joven amigo». En ocasiones le acompañaba a almorzar a la casa del marqués de Briñas, con quien, además de un sereno escepticismo ante las mudanzas que impone la política, le unía la misma pasión por la historia y las páginas de memorias ilustres. Siempre me decía:

—Siga escribiendo, mi joven amigo, siga escribiendo. Pero olvídense del espíritu científico; entre los historiadores, lo simplifica y falsea todo.

Hoy, al recordar la primera vez que hablamos de Ángel Bigas, me pregunto si ya entonces me eligió para que diera coherencia a la investigación a la que él, secretamente, había dedicado una parte sustancial de su vida, persiguiendo, juntando, recosiendo las versiones y variantes de los hechos con el apremiante objetivo de hacerlos hablar, y también los rostros, las sonrisas, las heridas, los remordimientos. Hoy pienso que me eligió porque yo era arrogante y joven, y porque también yo, como él, vivía en dos mundos: las lecturas y conversaciones hasta el amanecer y la realidad amenazada de una ciudad donde todo parecía venirse abajo.

Pero entonces, cuando aquella noche de junio abandonamos la mansión de los marqueses de Briñas, ¿cómo iba a presentir la historia que desenterraría mi curiosidad por Ángel Bigas, cómo iba a sospechar la extraordinaria influencia que aquella sombra del pasado había ejercido sobre la existencia de mi amigo? Jamás había escuchado de sus labios su nombre. No sabía lo que significaba para Agustín, ni tenía relación con ninguna de las anécdotas que le había oído contar en el curso de nuestra amistad.

—¿Quién es Ángel Bigas? —pregunté tan pronto como Agustín puso el coche en marcha.

Aquella noche Agustín no parecía con ánimo de extenderse.

—¿Ángel Bigas?... Uno de esos hombres que se dan poco en España, y si se dan son malgastados —se limitó a responder con la mirada turbia de cansancio—. Otro día, mi joven amigo, le contaré a usted su historia —añadió, antes de entrar en uno de sus tradicionales pozos de silencio.

Aquella respuesta evasiva aumentó mi interés, pero no insistí más en el interrogatorio. Sabía que, como todas las historias de Agustín, aquella estaba sometida a una adecuada secuencia, y que solo cuando esta se diera plenamente abriría la puerta de sus recuerdos.

Así ocurrió una semana después, en la tarde de un domingo que se empeñó en que almorzáramos juntos en el Oliver, uno de esos días sofocantes en que el verano de Bilbao parece tener condición de eternidad. Después del café, mientras saboreaba su habitual whisky escocés con hielo, desenvolvió un pequeño paquete que había traído bajo el brazo y dijo:

—Espero, mi joven amigo, que esto satisfaga, en parte, su curiosidad.

Entonces vi *El sitio* por primera vez, en un ejemplar de la primera edición —Calpe, 1921—. Recuerdo mi entusiasmo, que

Agustín celebró con una vaga sonrisa aprobatoria. Recuerdo que aquella misma tarde, en cuanto llegué al colegio mayor, empecé a leer el libro lleno de curiosidad, y que antes de haber leído diez páginas esa curiosidad se había convertido en gratitud hacia Agustín por habérmelo descubierto. Recuerdo que tan pronto como acabé la historia volví a leerla de un tirón, y también que pasé la noche en vela, leyendo, releyendo, las doscientas páginas de la novela de Ángel Bigas, con la cabeza colmada de imágenes, de secuencias y episodios narrados en un estilo entre poético y sumario, con paréntesis reflexivos en los que una pretensión demasiado ambiciosa del conocimiento de las quimeras humanas revelaba la juventud del autor.

A quienes hayan leído *El sitio* y sean susceptibles al fetichismo literario no les costará entender el efecto que sus páginas produjeron en mi interés por Ángel Bigas. Me sentía como si hubiera desenterrado un tesoro. De pronto, mis investigaciones sobre la organización eclesiástica en la época de la Restauración —los años invertidos en el análisis crítico de la Iglesia española, el entramado de sus desconocidas finanzas, sus querellas políticas, su instinto de supervivencia, su oportunismo, su rabioso temporalismo— parecieron algo sin color comparado con la necesidad de saber más acerca del autor de aquella novela que dejaba en el paladar un relente de locura y desolación. ¿Cómo había sido su vida realmente? ¿Había escrito más novelas? ¿Qué clase de aventuras y decepciones le habían acercado a los personajes de su libro? ¿Por qué no había oído mencionar nunca su nombre?

Al atardecer del día siguiente fui al café Oliver en busca de Agustín. A él le complació mi interés y respondió a este con su tradicional estilo divagador. ¿Me había percatado de que toda la

novela era un laberinto de muchas puertas y de que cualquiera de ellas servía para entrar en las habitaciones canceladas del pasado?

—Se lo digo, mi joven amigo, con la seguridad de quien la ha leído por lo menos media docena de veces —comentó Agustín—. Ninguna novela evoca tan serpentina y traviesamente el paso del tiempo. ¡Aquella ciudad en que todo era tan engañoso, tan frágil, tan lleno de aventura! Los tesoros de las minas y los barcos, las calles y los palacios. Los palacios, sí. Y el carnaval de la fortuna resbalando sobre las pestilentes aguas de la Ría. Pero, claro —precisó poniendo una mano sobre la vieja edición de Calpe—, una lectura tan historicista soslaya lo principal: el mundo que Ángel Bigas creó de pies a cabeza, un mundo que debe más a la imaginación y a la fuerza convulsiva del relato que al escenario que le sirve de materia prima.

Tras un silencio cortés, decidí recuperar el control de la situación e insistí en el interrogatorio.

—¿Qué sabe del autor? ¿Qué puede contarme de Ángel Bigas?

—Por supuesto, por supuesto —repitió Agustín, y se habría dicho un hombre feliz cuando, después de prender un cigarrillo, sus ojos volvieron a encontrarse con los míos—. No hay otra tragedia en la historia de la generación arrogante y orgullosa de la Gran Guerra. Hablo —puntualizó— en lo que respecta a Bilbao, a Portugalete, claro. Ningún otro héroe digno de ser recordado. Atractivo, rico, con talento, lo tenía todo para alcanzar la cumbre del Olimpo. Pero su temperamento le jugó una mala pasada. Me acuerdo de los recortes de los periódicos donde se hablaba de su muerte prematura, que mi padre guardaba en un cajón del escritorio, junto con cartas, papeles y documentos diversos. Decían que se había suicidado. Al parecer, había dejado una nota. También se revelaba el contenido de la supuesta nota: «Morir es diferente de lo que todos suponen, y más fácil». A partir de ahí empezaban

las conjeturas, las historias imaginadas y tristes sobre su destino, los rumores sobre su participación en el asunto Turquesa y otras oscuras empresas que tocaban terrenos vedados por el código penal.

—¿El Turquesa? —hice notar sorprendido, irguiéndome un poco, interesado por esa mención de la temeraria aventura que tantos quebraderos de cabeza había dado al socialista Indalecio Prieto en el año 34.

—Supongo, mi joven amigo, que esa historia sí la conoce —dijo Agustín.

—La conozco perfectamente —confirmé—: las gestiones secretas de Prieto, el acuerdo con los republicanos portugueses, el cargamento de armas para la Revolución de Octubre, el encarcelamiento de Horacio Echevarrieta, las acusaciones contra Azaña...

Agustín hizo un movimiento de aprobación.

—Una locura —comentó—. Una empresa con el sello de lo ilusorio.

Sonreía, satisfecho.

—Hoy muy pocos recuerdan a los Bigas —prosiguió, recordando el hilo de su discurso—. Sin embargo, a finales del siglo XIX —evocó—, era una familia muy ilustre. Muy antigua, y con influencia en los círculos liberales de la corte. Pero con las viejas familias pasa lo que con las civilizaciones: un día decaen y mueren. En concreto, a los Bigas les ocurrió lo que a Venecia, que fue la leona solitaria, la más experta y desaprensiva amasadora de fortuna, y hoy es un melancólico decorado para turistas.

Su voz tenía un tono solemne, como si aún le obsesionara el recuerdo de la decadencia y extinción de los Bigas. De pronto se quedó callado. Por un momento se había ido a otra parte, a otra época. Agustín era propenso a esas intermitencias. A veces daba la impresión de habitar una lejanía.

—A menudo, la vida hace ciertos ajustes de cuentas que no es aconsejable pasar por alto —dijo al fin, sugiriendo que sabía de qué estaba hablando porque también él había recibido esa lección—. Son como balances que nos ofrece para que no nos perdamos muy adentro en el mundo de los sueños.

Hizo otra pausa para llevarse el vaso de whisky a los labios, y después, sin apartar los ojos de la novela que me había regalado, comenzó nuevamente a evocar los tiempos de su infancia, cuando nadie se mostraba indiferente al apellido Bigas.

—Durante mucho tiempo se dijo que fue un traidor. Hay hombres a quienes la historia destina a la traición. Yo dudo mucho de que él fuera uno de ellos, pero si lo fue, como se dijo en ciertos círculos tras conocerse su papel en el asunto Turquesa, lo fue siempre, lo fue desde el principio y hasta el final.

Ahora que todo ha terminado, creo estar seguro: con cada dato, con cada reflexión, Agustín daba hilo al cebo que yo debía picar. Porque él nunca me dijo explícitamente: «Quiero que conozca esta historia, quiero hacerle saber qué sentido tiene para mí». Nunca me lo dijo de un modo directo. Vuelvo a verle aquella tarde de verano, divagando y divagando sobre el autor de *El sitio* y el Bilbao dorado de su juventud sin llegar a ninguna parte. Se le notaba en su elemento, envuelto en la atmósfera familiar del café Oliver, entre el vaso de whisky, el humo de los cigarrillos y el rumor de las conversaciones.

Ahora sé que su voz era la voz de quien habla porque le resulta insoportable el silencio de la historia, la voz de quien anhela conservar para la eternidad un pedazo del paraíso perdido, un resto del mundo inventado e imposible que la guerra civil había abolido, cubriéndolo con un sudario. De lo que me contó aquella tarde de verano deduje que Ángel Bigas había tenido una infancia privilegiada en una familia influyente y adinerada, y que

antes de cumplir los veinte años se le habían abierto todas las puertas.

—Se le brindaba todo, en espera de que lo tomara. Y todo lo apuró —comentó Agustín—. Los obstáculos vendrían más tarde. Pero no es el momento de contar esa historia.

Aquella tarde también supe que Ángel Bigas había sido diplomático, además de novelista y periodista de moda; que *El sitio* había sido su segunda y última novela; que su primer libro, *La sombra del aventurero*, publicado en 1912, había llevado un prólogo nada menos que de Galdós; que había sido un hombre fascinante y divertido, capaz de seducir a las esposas de sus mejores amigos y brillar en los salones de la alta sociedad; y que siempre le había acompañado una aureola de romanticismo, abatida al final de los años veinte por la contrariedad y el desengaño, una siniestra marea que debió de ser ingobernable.

Vuelvo a ver a Agustín en la mesa del café Oliver, sin dejar de hablar. Y lo veo dos semanas después, cuando me citó en su casa del Campo Volantín. Aún puedo ver aquel viejo edificio aunque lo hayan derribado hace años para construir horribles bloques de pisos. Recuerdo los techos de pizarra, el sendero de gravilla flanqueado por estatuas de mármol que parecían meditar como filósofos de la Antigüedad, el amable estanque y la pérgola del jardín, la marquesina entre palmeras y magnolios. Recuerdo el rostro de tortuga de la anciana que me abrió la puerta, su ama de llaves, o más bien la vigilante de su plácida soledad. Recuerdo el vestíbulo del piso de abajo, húmedo y pétreo; la escalera de roble que conducía a la segunda planta; el interminable pasillo que conectaba las habitaciones, decorado con grabados de Doré y paisajes románticos del siglo XIX, y el espléndido salón, con vistas a la Ría y puertas tan altas como las de la enorme fachada.

Aquella habitación tenía una extraña grandeza, el esplendor

marchito del pasado. Había una mesa estilo Napoleón III, sillones de cuero, un exquisito *étagère* a modo de mueble bar, una gran chimenea de mármol rojo. Todas las paredes estaban cubiertas por estanterías de madera de caoba con libros. Todo estaba ordenado, todo en su sitio: escribanía de plata, archivadores, revistas, periódicos.

Sentado junto al amplio ventanal, con la mano posada en un libro abierto, Agustín miraba hacia el exterior, envuelto en una pálida luz otoñal.

—Pase —dijo cuando se dio cuenta de mi presencia, alertado por el crujir de las tablas del suelo—. Siéntese, siéntese. Aunque no se lo crea, estaba pensando en Ángel Bigas.

Para entonces yo ya había comenzado a hurgar en los archivos de la Bilbaína y en las hemerotecas de los diarios locales. Buscaba con reticencia, con aprensión. Buscaba un poco más de luz sobre la existencia malograda del autor de *El sitio*, pero al mismo tiempo temía que el verdadero drama resultara menos novelesco que la historia que yo había imaginado ya a partir de las pinceladas impresionistas de Agustín. Fue una dura prueba someter mis presentimientos a la prensa del primer tercio del siglo xx, a las envidias de alguno de sus contemporáneos, al frío silencio de nuestra posguerra. «Ambicioso, vacío, extravagante..., la hora de Ángel Bigas pasó. Ni fue, ni ha sido ni volverá a ser nada», escribía Francisco Casares en el libro *Azaña y ellos: cincuenta semblanzas rojas*.

Aquella tarde Agustín me recibió como a un hijo al que llevara mucho tiempo sin ver. Hablamos del terrorismo y del reciente triunfo de Adolfo Suárez, del sentimiento de pánico y derrumbe que asolaba Bilbao, del clamor de la extrema derecha por un golpe militar y de los pícaros que ahora se daban prisa en comprar una ikurriña y mirar en el diccionario el nombre de Sabino Arana,

echando pestes del dictador muerto, no mucho antes su caudillo. Hablamos nuevamente de Ángel Bigas. Y de los libros que había en la fabulosa biblioteca.

—Parte de esto —me explicó abarcando la biblioteca con un gesto— lo reunió mi padre, un hombre algo extravagante, que coleccionaba con frenesí y preparaba unos excelentes cócteles de ron. Casi todo viene de él. A mi padre le gustaba encerrarse aquí y enfrentarse a las noches leyendo.

—Un lector de raza, por lo que veo —comenté impresionado. Y pregunté—: ¿Cuántos títulos hay aquí?

—Hace tiempo que perdí la cuenta. Treinta mil, cincuenta mil, setenta mil... Muchos son libros de viajes, de historia, de filosofía. Abundan las biografías de autores ingleses, los filósofos del siglo XVIII, memorias, casi todas francesas, las novelas en primeras ediciones. Aquí abrevaron muchos. Maeztu, Salaverría, Sánchez Mazas y Mourlane Michelena disfrutaron de la antigua biblioteca de mi padre. También Ángel Bigas.

Lo dijo con pesadumbre. Se levantó del sillón y dio unos pasos hacia un extremo de la biblioteca.

—Dado que empieza a interesarse por Bigas —dijo mientras se detenía ante una hilera de libros—, imagino que sabrá apreciar esta joya.

Agustín extrajo un volumen del estante y, volviendo sobre sus pasos, me acercó *La sombra del aventurero*.

—Un regalo de mi padre —añadió, evocador—. Me temo que hoy es una rareza casi inencontrable.

Tomé el libro en mis manos, abriéndolo con reprimida emoción.

«Las palabras de Mercurio son duras después de los cantos de Apolo», leí en voz alta, señalando la cita que encabezaba la segunda página impresa de la novela.